

Presentación

Javier Moreno Luzón

Universidad Complutense de Madrid

A lo largo de los últimos treinta años, la historiografía especializada ha subrayado la relevancia de los componentes culturales a la hora de calibrar el peso del nacionalismo en la política contemporánea. Un giro interpretativo que, extendido en éste como en otros muchos campos, ha decantado una verdadera historia cultural de la política. Desde que a comienzos de los ochenta comenzaron a utilizarse conceptos como el de invención de la tradición o el de naciones imaginadas, los partidarios de un enfoque modernista o constructivista en la historia de los nacionalismos han percibido las naciones como construcciones culturales —imaginarios— elaboradas por élites intelectuales y políticas y asumidas, como formas de identidad, por amplios sectores de la población. Las respuestas primordialistas y etnosimbolistas han matizado estas tesis, por lo que hoy es frecuente hablar de reelaboración, más que de creación o invención, de los diversos elementos que integran los imaginarios nacionalistas, sin por ello poner en duda la matriz cultural del fenómeno. También ha entrado en crisis la concepción de los procesos de nacionalización como un engranaje de mecanismos estatales orientados de arriba abajo. En la actualidad, resulta mucho más habitual que se tengan en cuenta actores muy diversos —por ejemplo, asociaciones o instituciones privadas— en esos procesos y que se resalte la crucial importancia de lo local o lo regional en el acercamiento a lo nacional. Además, ha ganado peso el omnipresente tema de la memoria, colectiva o no, con sus derivados la conmemoración y las políticas de la memoria.

En España, la evolución historiográfica de los estudios sobre nacionalismos ha adquirido rasgos propios. Primero, porque el interés por los movimientos nacionalistas subestatales —como el catalán, el vasco o el gallego— precedió y dejó de lado, durante varias décadas, el análisis del nacionalismo de estado, el español. Cuando finalmente llegó esa atención por el españolis-

mo, en los años noventa, se desarrolló un amplio debate acerca de la nacionalización española, sobre su debilidad o su fortaleza, sin que existiesen todavía suficientes investigaciones para respaldar las posiciones encontradas. Las investigaciones han aparecido después y se han visto muy influidas por las perspectivas culturales citadas. Sin embargo, aún quedan muchos asuntos por desentrañar, tanto para el siglo XIX —objeto primordial de la polémica sobre la débil nacionalización— como para el XX. Ha avanzado sobre todo el conocimiento de los discursos nacionalistas formulados por los grandes intelectuales y algunos partidos políticos, mucho menos el de otros individuos y grupos en principio secundarios y, lo que resulta más significativo, el de las prácticas que junto a los discursos llenan de contenido las culturas políticas.

Este monográfico reúne artículos centrados en el primer tercio del Novecientos, un periodo especialmente destacado porque en él confluyeron varios factores que hicieron del nacionalismo uno de los ejes centrales de los comportamientos políticos en España. Las respuestas regeneracionistas a la crisis provocada por la derrota colonial de 1898, conocida como el Desastre, y los triunfos políticos de nacionalismos contrarios al español configuraron un panorama en el que a muchos pareció urgente la búsqueda de raíces nacionales, la difusión de un imaginario españolista y el fomento del patriotismo. Como en otros países europeos, el enconamiento de conflictos asociados a la acelerada transformación social y los avances de la movilización política enmarcaron el auge de los proyectos nacionalistas. Aquí se profundiza en temas substanciales vinculados a esos proyectos, como el papel de la monarquía en algunas versiones del regeneracionismo y en su arraigo; la súbita valoración del patrimonio histórico, monumental, artístico o paisajístico, y los conflictos y logros en ese terreno; la forja de identidades nacionales en torno a la música; la actitud de los emigrantes, nacionalizados en la distancia, y el lugar preeminente que correspondió a América en el imaginario españolista a partir de entonces.

De estos trabajos se desprenden algunas impresiones generales que es necesario subrayar, y que contribuyen a incorporar el caso español a las corrientes historiográficas predominantes en ámbitos internacionales. En primer lugar, casi todos constatan la multiplicidad de los actores implicados en la construcción nacional, desde la corona hasta los más variados componentes de la sociedad civil, pasando por instituciones como la Iglesia y el ejército. Al mismo tiempo, ponen de relieve el protagonismo de las élites locales, pues lo local y regional servía de nido y cauce a la identidad nacional, a menudo salpicada de rivalidades entre territorios. Todo ello dibuja procesos donde el sentido de muchas iniciativas nacionalistas y nacionalizadoras discurre de abajo arriba, más que al revés. O incluso de afuera adentro, por la participación de las colectividades de emigrados. En segundo término, los autores aquí representados suelen coincidir en una visión problemática del nacionalismo, que no atiende tanto a unanimidades como a conflictos. Es decir, que conside-

ra los imaginarios campos de batalla entre diferentes versiones del mismo nacionalismo —como la católica-conservadora y la liberal en el caso del español— y también entre nacionalismos distintos. Aunque estos rasgos se daban en la práctica totalidad de los países europeos, tanto el énfasis en lo local como los contenciosos nacionalistas parecen factores ineludibles en España durante el primer tercio del siglo XX.

Por otra parte, estas aportaciones destacan la enorme influencia de los medios de comunicación. Sobre todo de los periódicos, en los cuales intervenían toda clase de publicistas —no sólo intelectuales de primera línea— para luchar en las contiendas identitarias y vulgarizar de manera masiva la cultura nacional. En textos, grabados y fotografías, en la prensa generalista y política y también en la gráfica y la especializada, como la musical. A las que debería añadirse el cine, por entonces en sus primeros pasos. De uno u otro modo, los mensajes nacionalistas se repetían sin descanso, pues de su carácter reiterativo, pautado y reconocible dependía su eficacia, cuyos resultados concretos aún se nos escapan. Mensajes que precisaban, por ejemplo, la genealogía de la nación, sus épocas gloriosas y sus mitos fundacionales, cuya presencia condicionaba decisiones tan alejadas en principio de este terreno como el trazado de un viaje regio o la declaración de un paisaje como parque nacional. Desde distintos ángulos, se buscaba lo propio, lo genuino, lo peculiar de la patria. Y todo ello en una esfera pública cada vez más ancha, en la que crecía el número de consumidores de nuevos productos culturales, fueran espectadores, lectores o turistas. Aunque el nacionalismo rechazara las consecuencias de la modernidad, las aprovechaba para desarrollarse.

Así pues, aquí se ofrece un recorrido extenso, aunque no exhaustivo, por algunos problemas básicos del nacionalismo español, y de sus relaciones con los otros nacionalismos peninsulares, entre 1900 y 1936. Se encargan de ello especialistas procedentes de diversas disciplinas (historia contemporánea, historia de la literatura, geografía, estudios culturales), con enfoques actualizados y un trasfondo comparativo. La mayoría pertenece al proyecto de investigación coordinado “Imaginarios nacionalistas e identidad nacional española en el siglo XX” (HAR2008-06252-C02-02), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación. En seminarios y coloquios se discutieron las primeras versiones de estos textos, que se han beneficiado de las opiniones de amigos y colegas. A todos los participantes, gracias.

Madrid, invierno de 2013